

Lamento por Chile

Jaime Valdivieso*

Yo había dejado ya
de escribir versos
cuando el nombre de Chile
manchó de rojo el papel
y el aire de la tierra.

Algo había ocurrido:
un hilo de sangre salía del
corazón de un presidente asesinado:
la justicia se negaba a morir
muriendo acribillada.

Días más tarde, un poeta enfermo
moría de tristeza mientras
las nuevas hordas entraban
en su casa por los cuatro costados
y se orinaban en el sol
y en la tarde de Santiago.

Las cuatro ramas hablaron
por una sola boca:
era el fruto maduro
del árbol de cuatro ramas,
cuatro uniformes nos comunicaban:
"Vuestra patria ha muerto,
guardad los diccionarios
sólo unas cuantas palabras
basta para entendernos:
fusil, bala, cárcel, tortura, muerte, silencio:
nada más necesitamos
sobran la inteligencia y la poesía".

Entonces empecé a recordar,
surgió un punto en centro de Chile,
una familia burguesa
con tierras para veranear,

una infancia paternalista y religiosa
con director espiritual
para el consumo del espíritu y
sirvientas para el consumo de la carne.

Éramos la elit compasiva
que traía consuelo a los
pobres de espíritu y de mente
destinados al ocio y al agua ardiente,
y sólo redimibles
con sangre mezclada
de suizos y alemanes.

Ésa fue nuestra infancia,
ideología sacrosanta y eterna
angustia y soledad del alma
mundo dual, inmovible
más allá de la historia:
materia y espíritu,
igualdad sólo después de la muerte allí
todos seremos iguales
"allí los ríos caudales
allí los otros medianos
y más chicos".

Todo duró y perduró
hasta que se iluminaron las palabras,
se rompió el silencio, creció el diálogo,
y todo se trasladó, de pronto,
del cielo a la tierra:
nada fue inmutable.
¿Por qué el hambre?...
¿Por qué las injusticias?...
El orden de arriba
era un desorden aquí abajo

* Ensayista, novelista y poeta chileno. *Universidad de México*
diciembre-enero de 1973-1974, vol. XXVIII, núm. 4 y 5

Diaspora 60

y la aventura humana
tomó razón: la historia
de la humanidad era la
historia de la inhumanidad
la lucha de David famélico
contra Goliat armado
de eructos y de cuchillos.

Por fin "El Gobierno Popular".
Por primera vez las palabras
salieron en busca de sus nombres
y regresaron a la palabra
con sus auténticos nombres:
el cobre tomó las formas
de las manos de Chile
y la tierra se hizo pala
en las manos de los campesinos.

Todo esto mientras en el Norte
había un dedo dirigido a la
frente de un largo y delgado
territorio
unas manos que ceñían su estómago,
unos ojos que buscaban fijar
la planta de los pies:
"ni un paso más en esa dirección".

Pero llegó el día en que
la realidad devoró a la ilusión
"la costumbre en Chile
es que los militares no
intervienen en la política".
El perfume letal
de la rosa idealista
adormeció el alma
del materialismo histórico,
y una mañana aparecieron
los cuatro generales
cada uno con un filo distinto
dirigido al exacto costado
"a lo más genital"
de la Dulce Patria.
Los asaltantes escupían



sus propios rostros
y quebraban las puertas y
los muros del "asilo contra la opresión".

Vuestro crimen no tiene nombre
y poco importa cómo lo llaméis,
pero el tiempo os irá empujando
al más oscuro rincón de la historia:
habéis asesinado la idea misma
que os engendró,
la misma que les permitía
compartir un vaso de vino con el
sacerdote, el comunista y el poeta.

Pero hicieron bien en recordarnos
que el hombre no es sólo claridad,
sino también "noche oscura del alma",
alma que se endurece
como los músculos y los huesos,
para no escuchar la voz de los
muertos, de la hermana, de la novia,
de la madre de los jóvenes encarcelados.
"Nunca podrás imaginarte
lo que son los gritos
de un hombre torturado"
me decía Mario Monteforte.
Quedaba demostrado, una vez más,
(ahora le tocaba a Chile)
que no hay excepción,
que basta un pequeño descuido
para que saltemos hacia atrás,
hacia nuestra propia selva
cercados por nuestra propia piel.

¿Es que la vida es un eterno retorno?...
¿Es que el espíritu debe
girar siempre sobre sí mismo?...

No quiero ser pesimista
pero el rostro de los verdugos de Santiago
es el mismo de Caín,
del soldado que mutiló a Cristo,
del oficial de la ss

que limpiaba con odio
sus botas recién lustradas
con sangre de judíos.

"Hay que poner orden,
salvar la patria,
extirpar el marxismo.
Hasta nueva orden,
la vida del espíritu
quedará reducida
a estímulo y respuesta.
Todas nuestras ideas
serán nacionales.
Ni Marx ni Cristo,
crearemos nuestro propio Dios
con uniforme militar."

Mientras tanto, podréis seguir
asesinando impunemente,
el grito de los desesperados
es vuestro mejor alimento.
Contaréis además con el
respaldo de *El Mercurio*,
diario nacionalista y patriota
que nos aconseja siempre
el "american way of life".

No quiero ser pesimista,
pero ha llegado el día
en que el sentido de cada palabra es
precisamente su contrario:
el día es la noche
y la noche día,
criminal el que enseña a leer
y esclavista el que entrega la tierra.

El verbo crea la realidad o la hunde,
porque "se le ha entregado al hombre
el más peligroso de los bienes, el lenguaje...
para que muestre lo que es"
nos dice Holderling.
Todo los días aparecen
muestras de vuestras "salvaciones"

se ha condenado a muerte
a Luis Corvalán Lepe
por ladrón, insurrecto y traidor,
por haber dedicado su vida
a repartir el pan.
Por el crimen horrendo
de incitar al pueblo
a vivir mejor.

Tendré que inventar el odio, pienso
para no morirme de tristeza,
yo no sabía aún que la
patria podía ocupar el
hueco del corazón y del alma
hasta los huesos.

De la noche a la mañana
un país de poetas,
de peces que saltan en el mar azul
y beben vino con todos los hombres
destruye dando gritos
sin mirar a las estrellas
la más valiosa y misteriosa
colección de arte
del mayor poeta de América,
y presencia por las calles la danza
de los simios quemando libros,
mientras tres ex presidentes
abrazan a cuatro generales
y no se mueren de vergüenza.

"Dulce Patria, recibe los votos",
de la nueva palabra,
de todos los delincuentes
que creemos en la justicia,
de todos los criminales
que creemos en el derecho
de todos los hombres,
de todos los mentirosos que
pensamos que América latina
es la tierra de unos pocos
que tienen mucho y de muchos
que no tienen nada.